

La voz

POR: MARY LÓPEZ*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

Jacques-Alain Miller, Bernard Nominé y Slavoj Žižek. *La voz*. Buenos Aires: EOL, 1997. 70 páginas.

Hablar de la voz puede parecer una labor paradójica, pues hace falta abrir la boca para que aquella habitante del lenguaje invoque lo inefable, explote en el corazón de la cadena significante y destruya la intención de significación, haga volar las palabras que sostenían al sujeto en su asignación subjetiva, arrojándolo al vacío. No obstante, es la palabra pronunciada y escrita la que en esta Serie de Testimonios y Conferencias nos conducirá por reflexiones teóricas y clínicas sobre la voz en su estatuto de objeto causa del deseo y su función en el lazo social, evocando el encuentro entre “Jacques Lacan y la voz”, las relaciones entre “La voz y el superyó” y el papel de “La voz en la diferencia sexual”. “Navega el navegante, aunque sepa que jamás tocará las estrellas que lo guían”, decía Don Quijote. De la misma manera vamos en esta lectura guiados por la elaboración de tres autores que con un tratamiento polifónico del tema consiguen rodear la voz, aunque esta sea aquello que no pueda decirse, al fin de cuentas objeto perdido.

Jacques-Alain Miller nos anuncia un sujeto danzante en una cadena de significantes atravesada por múltiples voces que giran alrededor de un objeto indecible y que con su canto, van instaurando lugares subjetivos a través de la consonancia planteada por Lacan entre la voz y la enunciación. Canto en el que puede surgir súbitamente un significante inadmisibles

* e-mail: lmlopezm@unal.edu.co

para el sujeto, algo que este no puede asumir en su “yo”, una voz que subvierte las atribuciones asignadas y que rechazadas en lo real descubren la voz como esa “cosita separable del cuerpo” atribuible al Otro. En este sentido, la experiencia de Lacan en su clínica de la psicosis, Clérambault y su trabajo sobre los fenómenos del automatismo mental, las elaboraciones sobre el delirio de vigilancia, y la confrontación con la fenomenología de la percepción de Merleau Ponty, se convierten en referencias insoslayables que, una vez situadas por Miller como antecedentes del encuentro entre “Jacques Lacan y la voz”, nos hacen evidente que la revelación de la voz en su dimensión de objeto haya sido escuchada en el clamor de voces internas que acompañan todo el tiempo al sujeto de la psicosis y no a los habitantes de la castración, para quienes el lenguaje venido del Otro ha sido el pretexto que silencia su vacío.

Distinguida de lo sonoro, del sentido que subyace en la entonación y de la reflexividad que supone la emisión de la palabra, la función de la voz pudo ser situada en el rodeo del vacío de la castración, entre la palabra y el campo del lenguaje, solo después de que el pensamiento psicoanalítico se hubiera separado de la teoría de los estadios y de la dimensión diacrónica que Freud, Abraham y Klein habían dado al objeto. La voz fue descubierta como un resto del encadenamiento significante, aquello que siendo del significante no queda atrapado en el marco de la significación, un objeto que obtiene su sustancia solo en relación con la insustancialidad que subyace al sujeto del significante.

Una vez el Otro ha respondido a la demandada de un cuerpo necesitado de significación, y esta ha sido incorporada por el sujeto, horadando su cuerpo, se hace manifiesto el vacío que lo funda. Sin embargo, tal como Bernard Nominé lo señalará en “La voz y el superyó”, la estructura del Otro envuelve también un agujero, y será este vacío compartido el que constituirá el fundamento del pacto. El sacrificio de una parte del goce mediará el encuentro entre el sujeto y el Otro, tras esta pérdida irrevocable el sujeto significado afianzará el camino hacia una identificación ideal. Nominé ilustra este hecho con la lectura de la Alianza entre Dios y el pueblo judío en dos tiempos: el primero será el momento de la orden insensata que Elohim dirige a Abram, aquí el resarcimiento del sacrificio demandado supondrá la significación del lado del Ideal del yo, instalada en este caso en el cambio de nombre de Abram a Abraham. El segundo tiempo vendrá anunciado por los relámpagos, nubarrones y la voz del *shofar* que señalará el encuentro entre Dios y Moisés, voz que aprehendida en las tablas constituirá el pacto de la palabra y la palabra del pacto que trae aparejada la fundación de la ley. Hasta acá la alusión a la Alianza aporta la distinción de dos restos que el superyó no soportará separados: el ideal del yo y la voz. “Inmutable” en su ordenanza, el superyó no se callará hasta restituirle la voz al significante ideal.

Desde este punto, el superyó como instancia que no admite resto. Portadora de un significante insensato, la voz en los oráculos y en el sujeto de la psicosis se nos muestra en su aspecto severo. No obstante, también puede presentarse en su cara condescendiente: la voz en el chiste y el humor. En un caso, se trata de una voz no extraída de A (el vozarrón superyoico), en el otro de la voz que resuena en el vacío de A (superyó indulgente) y goza de lo insensato de la palabra. En el texto sobre el humor de 1927, Freud presentaba un “yo” que, en el triunfo del narcisismo, había encontrado la manera de rehusar las causas de su sufrimiento convirtiéndolas en ocasiones de placer. Sin embargo, aludiendo al seminario 10 de Lacan y al texto “Neurosis y psicosis” de Freud, Nominé asevera que “el yo triste es un yo fuerte” y que adentro

de la fortaleza que pretende erigir la “egopsicología” para resguardar al yo, se esconde un narciso deprimido aferrado a su unicidad, al que la puerta hacia la transferencia le resulta infranqueable.

Finalmente, donde suena el *shofar* como resto de la incorporación de la ley, Slavoj Žižek escuchará además el exceso del alarido del padre-goce agonizante que resuena en la memoria del pueblo y en los oídos de Dios, para recordarles que, ya muerto, es solo agente del pacto simbólico, un nombre cuyas demandas sacrificiales pueden ser también una voz que nos atraviese de oído a oído. Si bien la voz del *shofar* acalla las dudas que existen sobre la legitimidad de la ley inscrita en las tablas de Moisés, hay un grito cuya potencia transgrede ese gesto fundador consumiendo el bramido del padre moribundo bajo el ímpetu de una voz femenina que se consume en el goce de sí, en lo que Lacan denominó un “gosentido” (*joui-sens*).

De la voz en su doble presencia, ordenadora y subversiva, Žižek nos relata historias de figuras que se han encargado de regular la manifestación de la música (desde el emperador de la China antigua hasta Stalin), de voces transgresoras (las estrellas de rock, la voz femenina de la cantante de ópera y la voz asexuada del castrato), y se ocupa de los discursos y cánticos que, instalados más allá de la significación, sin decir nada, seducen a quien caiga bajo su provocación. Alude también al ruido fundamental de las películas de Lynch que rebasa el “en más femenino”, y que replantea, al igual que el ruido primordial del *big-bang*, la noción newtoniana del espacio infinito “abierto”, pues este ruido constitutivo sería fundante del espacio mismo. En este relato se descubre “La voz en la diferencia sexual”, el estatuto sexual de la voz que goza de sí misma, deponiendo la oposición entre discurso que disciplina y voz que transgrede, para centrarse en la voz excesiva que vela el vacío constitutivo del origen de la ley escrita y que presenta un ruido que apuntando a lo real, dinamita la cadena significante dejando claro que, sea como resto o como exceso, las voces están ubicadas en el registro del goce.